

No tendrán mi odio
Antoine Leiris

Traducción de
Rosa Alapont

Ariel

ÍNDICE

Una noche de barbarie	11
La espera	19
La mariquita	23
Habría podido ser...	31
Reunirme con ella	37
La partitura puede comenzar	43
“No tendrán mi odio”	49
El amo del tiempo	53
Platitos caseros	59
N.	65
Ánimo...	71
La yema de un dedo	77
El derecho a hundirse	83
Ordenar sus cosas	89
Carta de Melvil	95
El final de la historia	99
Mamá está ahí	105

—La he buscado por todas partes.

—...

—¿Todavía queda gente allí?

—Señor, debe prepararse para lo peor.

UNA NOCHE DE BARBARIE

13 de noviembre

22.37

Melvil se ha dormido sin rechistar, como de costumbre cuando su mamá no está. Sabe que con papá las canciones no son tan dulces ni los mimos tan tiernos, de manera que no pide más. Para mantenerme despierto hasta que ella llegue, leo. La historia de un novelista investigador que descubre que un novelista asesino en realidad no ha escrito la novela que a él le hizo desear convertirse en novelista. De giro en giro, me entero de que el novelista asesino en realidad no ha matado a nadie. Mucho ruido y pocas nueces. Vibra el móvil, que he dejado en la mesilla de noche.

“Hola, ¿va todo bien? ¿Están en casa?”

No tengo ganas de que me molesten. Detesto esos mensajes que no dicen nada. No respondo.

“¿Va todo bien?”

...

“¿Están en lugar seguro?”

¿A qué viene lo de “en lugar seguro”? Dejo el libro y corro al salón de puntillas. No hay que despertar al bebé. Agarro el mando, la caja de los horrores tarda una eternidad en encenderse. Atentado en el Estadio

de Francia. Las imágenes no dicen nada. Pienso en Hélène. En llamarla y decirle que sería más prudente que cogiera un taxi para volver. Pero hay algo más. En los pasillos del estadio, algunos están clavados ante una pantalla. Solo intuyo las imágenes a través de sus rostros. Parecen horrorizados. Están viendo algo que yo no veo. Todavía no. Entonces, en la parte inferior de la pantalla, el teletexto que desfila a toda velocidad se detiene de pronto. El fin de la inocencia.

“Atentado en el Bataclan”.

Corte de sonido. Ya no oigo otra cosa que mi corazón, que trata de salirse del pecho. Esas cuatro palabras resuenan en mi cabeza como un eco que parece no querer extinguirse jamás. Un segundo se me antoja un año. Un año de silencio, plantado allí, en mi sofá. Tiene que ser un error. Compruebo que es allí adonde ha ido, puedo equivocarme, haberlo olvidado. El concierto es efectivamente en el Bataclan. Hélène está en el Bataclan.

Corte de imagen. Ya no veo nada, pero siento una descarga eléctrica que me recorre el cuerpo. Tengo ganas de salir corriendo, robar un coche, ir a buscarla. Ya solo existe la urgencia que arde en el interior de mi cráneo. Solo el movimiento para calmar sus llamadas. Pero me quedo paralizado, porque Melvil duerme al lado mismo y estoy atrapado aquí. Condenado a ver cómo se propaga el incendio. Tengo ganas de gritar. Es imposible, no hay que despertar al bebé.

Agarro el móvil. Tengo que llamarla, hablar con ella, oír su voz. Contactos. “Hélène”, simplemente Hélène. Nunca he cambiado su nombre en mi agen-

da, jamás añadí “mi amor” o una foto de los dos para ilustrarlo. Ella tampoco. Es una llamada de “Antoine L”. que no llegó a recibir esa noche. Timbre. Mensaje de voz. Cuelgo, vuelvo a empezar, una, dos, cien veces. Las que haga falta.

Me siento asfixiado por este sofá que se cierra en torno a mí, el piso entero se está derrumbando. Con cada llamada sin respuesta, me hundo un poco más entre los escombros. Todo me parece ajeno. El mundo en derredor se borra. Solo estamos ella y yo. Con una llamada telefónica, mi hermano me devuelve a la realidad.

—Hélène está allí.

En el momento mismo en que pronuncio esas palabras, comprendo que no hay salida. Mi hermano y mi hermana se plantan en nuestra casa. No hay nada que decir. De todos modos, es algo que no tiene nombre. En el salón, la televisión está puesta. Esperamos, con la vista clavada en los canales informativos que emiten sin interrupción y que ya han lanzado el gran concurso del título más sensacionalista, el más perverso, el que nos mantiene cautivos, meros espectadores de un mundo que se desmorona. “Masacre”, “matanza”, “baño de sangre”. Apago la pantalla antes de que pronuncien la palabra “carnicería”. La ventana al mundo está cerrada. Abran paso a la realidad.

La mujer de N. me telefonea. Él estaba en el Bataclan con Hélène. Está fuera de peligro. Le llamo, no responde. Una vez. Dos veces. Tres veces. Al final contesta. La madre de Hélène se une a nosotros.

Es preciso actuar, hacer algo. Necesito salir, de-

prisa, tanto para encontrarla como para escapar del ejército de sobrentendidos que se ha acuartelado en mi salón. Mi hermano abre camino. En silencio, coge las llaves de su coche. Cuchicheamos un plan de acción. A nuestra espalda, la puerta se cierra sobre un batiente de algodón. No hay que despertar al bebé.

La caza del fantasma puede comenzar.

En el coche, guardamos silencio. A nuestro alrededor, la ciudad también. De vez en cuando una sirena viene a turbar, con sus aullidos de dolor, el silencio que ha caído sobre París. La fiesta ha terminado. La fanfarria ha cesado. Vamos a comprobar uno por uno todos los hospitales susceptibles de acoger a heridos. Hospital Bichat, hospital de Saint-Louis, la Salpêtrière, Georges-Pompidou, esa noche la muerte se ha dispersado por todos los confines de la capital. Uno de sus carceleros me aguarda en cada parada. “Busco a mi mujer, que estaba en el Bataclan”. Su nombre no figura en ninguna lista. Pero cada vez me proporcionan lo que estoy buscando, un nuevo motivo para continuar. “No todos los heridos están listados”. “También en Bichat han acogido a supervivientes”. “Hasta los hospitales del extrarradio se han hecho cargo de algunos”. Dejo mi número sabiendo que no me llamarán. Corro al coche. Echo de menos el silencio de la carretera.

Las farolas desfilan por el borde del periférico. La noche avanza. Cada luz supone una etapa más hacia la hipnosis. Mi cuerpo ya no me pertenece. Mi mente está en la carretera. A fuerza de dar vueltas en redondo por ese cinturón demasiado apretado, que

asfixia a la ciudad en su abrazo, sin duda acabará por suceder algo.

Incluso cuando ya no había nada que buscar, seguimos adelante. Necesitaba escapar. Huir lo más lejos posible, no dar media vuelta. Ir hasta el final del camino para ver si había un final, si todo aquello terminaba.

Y en efecto, vi el final del camino.

Quedó registrado en mi móvil cuando sonó el despertador en él. Las siete de la mañana.

A Melvil le toca el biberón dentro de media hora. Sin duda todavía duerme. El sueño de un bebé no se ve alterado por los horrores del mundo.

Hemos de volver.

—Coge la salida de la puerta de Sèvres...

LA ESPERA

14 de noviembre

20.00

Melvil espera. Espera a ser lo bastante alto para accionar el interruptor de la luz del salón. Espera a portarse lo bastante bien para salir sin cochecito. Espera a que le prepare la cena antes de leerle un cuento. Espera la hora del baño, del desayuno, de la merienda. Y esta noche, espera a que su madre vuelva antes de irse a la cama. La espera es un sentimiento que carece de nombre. Pero en el momento en que le leo un último cuento, responde a todos a la vez. Es aflicción, esperanza, tristeza, alivio, sorpresa, espanto.

También yo espero. Una sentencia. Varios hombres furibundos han dejado oír su veredicto a tiros de armas automáticas. Para nosotros, será a cadena perpetua. Aunque eso todavía no lo sé. Cantamos antes de irnos a dormir. Nos decimos que ella cruzará el umbral de la habitación y se sumará a nosotros en la última estrofa. Nos decimos que acabarán llamándonos. Nos decimos que acabaremos por despertar.

Melvil se ha dormido. Suena el teléfono. Es la hermana de Hélène.

—Antoine, lo siento muchísimo...

